

La casita del psicomotricista

la construcción de un espacio de referencia en las sesiones de psicomotricidad relacional

Seminario de Psicomotricidad de la Universidad
de La Laguna

Introducción

En psicomotricidad relacional la sala es un espacio para el juego libre, un lugar que se le ofrece al niño para que, durante un tiempo, habitualmente una hora aproximadamente, pueda jugar e interactuar con una persona adulta y, en ocasiones, con otras compañeras y compañeros, proporcionándole unos materiales que puede utilizar para el desarrollo de su juego.

La sala de psicomotricidad no es simplemente un espacio físico, sino también un espacio cargado afectivamente a partir de las vivencias que en él tienen lugar. El niño sabe que en ese espacio puede jugar a lo que desee y, por lo tanto, expresarse tal como es, sin juicios de valor, donde hay un adulto que le acompaña, implicándose en su juego si lo considera necesario y oportuno para facilitar su proceso madurativo. Un adulto que representa la seguridad y la ley (Aucouturier et al, 1985), pero no una ley impuesta, sino que surge de unas normas previamente acordadas (Lapierre et al, 2015) entre el o la psicomotricista y el niño en las sesiones individuales, o los niños en las sesiones grupales.

Es un espacio cargado de simbolismo a partir del uso que se hace de los materiales y de las relaciones que en él se establecen; un espacio para la ficción mediante la cual el niño proyecta su realidad, sus deseos, sus necesidades, sus carencias, sus miedos y sus potencialidades. A través del juego tiene la posibilidad de integrar y enfrentar algunos eventos traumáticos (juegos de poder, enfermedades, el médico, la muerte, la separación, el abandono, etc.). Esta posibilidad permite al niño disminuir la dimensión traumática de algunas experiencias para, a continuación, interiorizarlas de forma menos ansiosa, lo que posibilita un mejor ajuste en sus posibilidades relacionales (Morillo et al, 2018). En este contexto, cuando el niño exterioriza un suceso, configura el juego como una posibilidad de simbolizar contenidos internos (Lapierre, 2013), teniendo a una persona adulta que le acompaña desde la creación de un espacio transferencial.

Atravesar la puerta de entrada a la sala de psicomotricidad implica pasar del mundo real al mundo de la ficción, situación propiciada por

Miguel Llorca Linares

Psicólogo; doctor en Pedagogía; Profesor titular y coordinador del Seminario de la formación permanente de psicomotricidad de la Universidad de la Laguna; Psicomotricista.

Josefina Sánchez Rodríguez

Licenciada en Pedagogía y Psicomotricista. Profesora del Departamento de Didáctica e Investigación Educativa de la Universidad de la Laguna.

Talía Cristina Morillo Lesmes

Doctora en Pedagogía; Psicomotricista y participante del grupo investigación de Psicomotricidad Relacional en la Universidad de la Laguna

el hecho de quitarnos los zapatos o, incluso, la ropa que nos incomoda para poder jugar. El niño sabe que entra en un espacio íntimo con unas connotaciones espaciales y que, al salir, vuelve a la realidad, con sus normas habituales y donde ha de calzarse y vestirse adecuadamente para regresar a ese contexto.

La división del espacio en Psicomotricidad Relacional

Por regla general la sala de psicomotricidad tiene dos espacios. Uno que viene delimitado por una colchoneta o alfombra, que representa “la casita del psicomotricista”, y un espacio amplio para el juego, “el espacio social”, donde el psicomotricista dispone los materiales para jugar.

La casa del psicomotricista contiene una serie de elementos o materiales que el niño o la niña, a partir del investimento que realiza el o la psicomotricista, identifica como propios del adulto; puede ser un cojín, una tela, un juguete, etc., siendo su uso restringido para el niño hasta que el psicomotricista lo autorice, cosa que no ocurre con los materiales del espacio social, que el niño puede utilizar libremente. El poder está en la casa y la colchoneta, simbólicamente, representa el cuerpo del adulto. Se trata de una representación que permite un acercamiento más fácil para aquellos niños y niñas que muestran resistencias iniciales a encontrarse directamente con la figura de referencia. En este espacio es esta figura quien decide las normas que se tienen que respetar (Lapierre et al. 2015). Para el psicomotricista la casa es vivenciada también como una representación de su identidad; el cuidado que depositamos en ella, la rigidez, la tranquilidad o el desasosiego de permanecer dentro de la misma, ver a qué jugamos en este espacio con el niño, nos permite contar con un reflejo de nuestra

historia de vida y la integración de nuestro propio proceso de construcción personal.

Al contar con la casa dentro de la sala, el niño cuenta con un espacio físico de referencia donde encontrarse con el psicomotricista o tener la posibilidad de realizar una demanda, a veces totalmente inconsciente. Para el psicomotricista, tener una casa facilita la importancia de poder pararse en la acción, teniendo un lugar al que retirarse para dejar al grupo con más autonomía y también, para poderles escuchar y facilitar que conecten con su deseo o su necesidad en relación a esta figura adulta, que se separa para que el niño pueda tener la oportunidad de pedir.

La casita al inicio de la sesión: el psicomotricista, o psicomotricistas cuando se trabaja en pareja, debe tener este espacio bien organizado y es conveniente que se siente siempre en el mismo cojín y en el mismo lugar, con la finalidad de que este sea investido como propio del adulto. Las dimensiones del espacio de la casa estarán condicionadas por el número de componentes, para sesiones individuales puede ser más reducido y necesariamente más amplio cuando trabajamos en grupo, de manera que todos sus componentes puedan sentirse cómodos y con un lugar dentro. En cualquier caso, es importante que el espacio sea lo suficientemente grande para que la niña o niño pueda entrar y estar sin tener que llegar a tocarnos, ya que algunos no quieren o no pueden acercarse a nuestro cuerpo. Si el espacio es amplio permite estar seguro, sin miedo a que lo agarremos, le toquemos o dejemos preso en nuestro cuerpo.

La casa del psicomotricista es el lugar donde nos encontramos al inicio de la sesión para reconocernos, para recordar las normas, hablar de aquello que nos preocupa o interesa y presentar los materiales con los que vamos a jugar. Es un tiempo y un orden establecido por el adulto.

La casita al inicio de la sesión: el psicomotricista, o psicomotricistas cuando se trabaja en pareja, debe tener este espacio bien organizado y es conveniente que se siente siempre en el mismo cojín y en el mismo lugar, con la finalidad de que este sea investido como propio del adulto.

Es importante observar en este momento cómo se sitúa el niño en este espacio, ya que nos pone de manifiesto cómo se siente en relación a lo que representa el psicomotricista, la transferencia hacia las figuras parentales e, incluso, las vivencias relacionadas con su entorno familiar. Algunos tienen dificultad para permanecer inicialmente dentro de la casa, por su impulsividad o deseo de empezar a jugar, otros no pueden esperar su turno para hablar o, por el contrario, hay quien no puede expresarse ante los demás; pero lo más significativo es el lugar que ocupa en este espacio: cerca o lejos del adulto, de frente, con capacidad de afirmarse y/o diferenciarse, tratando de estar en la mirada del otro, o por el contrario lateralmente para pasar desapercibido o sentirse protegido de esta presencia.

También podemos observar quién manifiesta una gran necesidad de afecto, buscando estar en contacto con el cuerpo del adulto o, incluso, una demanda más explícita de contención, situándose entre las piernas del psicomotricista. Su postura nos habla de su deseo regresivo o necesidad de sostén. Algunos niños no se atreven a llegar al cuerpo del adulto, pero su actitud postural hace explícita esta demanda regresiva o de sostén, permaneciendo tumbado sobre la colchoneta, sin poder sostener su cuerpo en la posición de sentado y buscando el sostén que no se puede permitir en el cuerpo del otro sobre la seguridad que le proporciona la horizontalidad, tal como ocurre con los bebés en el proceso de conseguir la verticalidad y la capacidad de sostenerse por sí mismos para ponerse de pie y desplazarse sin necesidad de apoyos. En función de las posibilidades del niño para disfrutar de este momento, manteniéndose en calma, conversando o en un encuentro regresivo, permanecer en la casa

puede ocupar cinco minutos de una sesión o alargarse toda la hora.

También podemos observar la ambivalencia en torno a lo que este espacio representa cuando van variando con la posibilidad de estar dentro o fuera de la casa, o con dejar una parte de su cuerpo dentro y otra fuera, ¿qué deja dentro o fuera? Es interesante devolver a los niños y niñas la conciencia de su posición, ayudándoles a tomar conciencia de los límites físicos que supone la colchoneta, que son también los límites simbólicos de su ubicación en la relación transferencial.

Generalmente la casa es presentada en la primera sesión tanto para el grupo de niños o adultos como un lugar de seguridad y tranquilidad. Si alguien se siente mal y algo le duele física o psíquicamente puede ir a este lugar a descansar; si algo le asusta o va mal en la relación social, puede acudir también a este lugar, igual que si nos necesitan, porque iremos a verles si están en la casa. Los niños y niñas saben que no es un lugar para pelear, aunque a veces se puedan acercar para provocar al psicomotricista.

La casita durante la fase de juego: cuando empezamos a jugar, la casa pasa a ser la representación del adulto. Es un espacio donde esporádicamente el psicomotricista se retira

La casita durante la fase de juego: cuando empezamos a jugar, la casa pasa a ser la representación del adulto. Es un espacio donde esporádicamente el psicomotricista se retira para poder observar desde la distancia.



Este espacio de referencia que permanece en cada sesión es, sobre todo, importante para aquellos niños y niñas que han sido declarados en desamparo y han pasado en muchas ocasiones por varios hogares y cuidadores de referencia. Para que este lugar sea cargado de todo su valor simbólico, es fundamental que el psicomotricista también lo viva como propio, cargándolo de vida durante el juego.

para poder observar desde la distancia. Es un lugar para la calma, para relaciones afectivas y de cuidado; en este espacio no está permitida la confrontación, por lo que el niño puede acudir cuando necesite un momento de refugio o atención especial. Aunque el adulto no esté presente, sabe que va a volver y podrá ser atendido de manera más exclusiva.

Hay algunos niños a los que les cuesta salir de este espacio. Puede ser por dificultades para enfrentarse a las relaciones en el espacio social, utilizando la casa como refugio; o puede ser por excesiva dependencia de la figura adulta o una gran carencia afectiva. Otros, sin embargo, no acuden en ningún momento a este espacio, mostrándose autónomos o autosuficientes para resolver sus conflictos, llamando la atención aquellos que en ningún momento acuden a la casa. Debemos respetar el momento del niño y evitar la tentación de “atraparlo” forzando la cercanía corporal: es el niño el que tiene que llegar a nuestro cuerpo y debemos ser respetuosos con el tiempo que necesite para encontrar su deseo de construir un vínculo (Lapierre et al, 2015). Lo verdaderamente sano es que el niño pueda entrar y salir de la casa sin dificultad, tal como debería ocurrir en la vida real en relación a sus lugares de referencia (casa de sus padres, de familiares, escuela, etc.). En este sentido, a lo largo de nuestra intervención, tratamos de ayudar a las niñas y niños a poder llegar, a poder salir y transitar de forma agradable y fácil por este lugar.

Resulta interesante observar en qué momentos y el motivo por el que se acude a la casa. Dado que habitualmente las fases en la relación del niño con la figura adulta van de la inhibición a la autonomía, en algunos casos de intervención individual, ayuda a este proceso la construcción de un espacio anexo como la representación de su habitación, espacio individual y propio del niño

dentro de la casa familiar o espacio común.

En nuestra experiencia de intervención con niñas y niños que presentan dificultades vinculares, observamos que la integración de este espacio como lugar de referencia propicia la vivencia de una relación transaccional más fuerte, en la que el niño siente que forma parte de una casa con referentes afectivos y normas que le aportan seguridad y la vivencia de ser cuidado. Dependiendo de la edad del niño o la niña y de su historia, planteamos que no puede salir de noche, que le iremos a buscar, que debe venir a comer; es el lugar donde puede ser cuidado si se hace daño, etc. Este espacio de referencia que permanece en cada sesión es, sobre todo, importante para aquellos niños y niñas que han sido declarados en desamparo y han pasado en muchas ocasiones por varios hogares y cuidadores de referencia. Para que este lugar sea cargado de todo su valor simbólico, es fundamental que el psicomotricista también lo viva como propio, cargándolo de vida durante el juego.

En ocasiones observamos cómo es común que, en una posición de autodefensa, el niño o la niña trate de controlar su necesidad de ser cuidado construyendo su propia casa, guarida o espacio en el que auto-contenerse. Comprendiendo su dificultad, la o el psicomotricista va ayudándole a través del juego a reconocer que hay solo una casa de referencia en la sala, la del adulto, donde él tiene su lugar.

La casita en el tiempo de descanso: pasado el tiempo de juego se plantea un momento de descanso; es un tiempo para pasar de la agitación a la calma y que va a ayudar a pasar de la acción a la representación. Valoramos su capacidad de autorregulación y observaremos quiénes acuden a este espacio y quiénes no.

Entre los que no acuden es interesante observar el lugar elegido y, sobre todo, en re-

lación a la casa del psicomotricista, cerca o lejos, frente o colateral, como manifestación de sus proyecciones en relación a este espacio y transferencia hacia las figuras adultas. El lugar que ocupa el niño o la niña nos va a permitir observar quién desea ser visto aunque no se atreva a llegar, quién se oculta o se retiene buscando contención en el material, así como quién permanece ajeno a este lugar y a la presencia del psicomotricista.

El espacio contiguo a la casa es también simbólicamente un espacio regresivo (Lapierre et al, 2015). Es el espacio que utilizan aquellos que no se atreven a entrar pero tienen un gran deseo. Podemos considerar que existe el deseo de entrar pero la dificultad de llegar les hace moverse, jugar o descansar cerca de la casa. En este lugar también se sitúan aquellos niños y niñas que empiezan a ser capaces de separarse después de haber vivido una relación más fusional, ganando seguridad para ir conquistando el espacio social.

Entre los que acuden a descansar en la casa, tendremos en cuenta las mismas pautas de observación que al inicio de la sesión y ver si se va variando su posicionamiento en relación a la figura de los adultos y lugar dentro de este espacio. Podemos observar cómo las vivencias de la sesión modifican los acercamientos que hace el niño a la casita. A veces, después de una relación de enfrentamiento o complicidad con el psicomotricista fuera, el niño o la niña pierde el miedo al encuentro corporal, y busca llegar a una relación más afectiva en el momento de la calma. A veces, es también interesante observar, cuando hay dos referentes en la sala, cómo uno puede ser más importante dentro del espacio social mientras que el otro ocupa un lugar referencial para el encuentro afectivo dentro de la casa. Vemos este movimiento tanto cuando trabajan dos personas del mis-

mo sexo como cuando la referencia es una pareja formada por un hombre y una mujer, siendo en este caso importante que progresivamente el niño ocupe un lugar entre los dos y progresivamente un lugar propio, fuera de la pareja, pero teniendo a esta como referente de afecto y cuidado cuando lo necesite. También tendremos en cuenta estas pautas de observación cuando hagamos la representación a través de la verbalización de lo vivido, utilizando la casa en este momento para tal fin; lugar para prepararnos para entrar en el simbólico, y también lugar que nos ayuda a desprendernos de las vivencias regresivas del juego para poder volvernos a situar en nuestro contexto.

Cuando trabajamos con niños y niñas que se encuentran muy perdidos en las relaciones objetales y el deambular sin sentido, utilizamos la casa como espacio de referencia para dar estructura, llevando al niño siempre en el momento inicial y final de la sesión. Siguiendo los planteamientos del simbolismo del material y el espacio en psicomotricidad relacional, partimos de que la vivencia de estructuras y límites físicos favorecen la integración de una estructuración emocional dentro de un contexto relacional.

Bibliografía reseñada

- Aucouturier, B.; Darraul, I. y Empinet, J. L. (1985). *La práctica psicomotriz. Reeduación y Terapia*. Barcelona: Científico-Médica.
- Lapierre, A. M. (2013). *Psicomotricidad relacional: origen, desarrollo y marco conceptual en la actualidad. Conferencia en el I Congreso Internacional de Psicomotricidad Relacional*. Brasil.
- Lapierre, A. M.; Llorca, M. y Sánchez, J. (2015). *Fundamentos de la intervención en psicomotricidad relacional*. Málaga: Aljibe.
- Morillo, T.; Sánchez, J. y Llorca, M. (2018). *Los trastornos del vínculo: análisis e intervención desde la psicomotricidad relacional*. Bue-

Entre los que acuden a descansar en la casa, tendremos en cuenta las mismas pautas de observación que al inicio de la sesión y ver si se va variando su posicionamiento en relación a la figura de los adultos y lugar dentro de este espacio.